

mía, oh mi dulce patria, oh grande águila espantable. Sí, creéis que todo acaba barriendo, y que cuando se han puesto los escombros en un rincón se puede dejar vagar las sombras sobre las tumbas. Pues bien, no. Porque una sombra es un alma. Sí, tiranos, estamos extenuados, desnudos, expirantes; no tenemos amigos, ni dinero, ni ejército, ni fronteras; pero tenemos la humareda de nuestros caseríos quemados, que os denuncia á todos y que ennegrece el cielo contra vosotros y para nosotros. Pero cuando la nave zozobra, la estrella sobrevive; pero cuando el asesinado se desangra en el bosque sombrío, un fulgor descolorido sale del cadáver desnudo; pero el destino reflexivo siempre se ha acordado de la necesidad de castigar á los culpables; pero el enjambre invencible de las fuerzas impalpables que se llaman verdad, deber, progreso, razón, viene hacia nosotros y llena el horizonte de rumor; pero nosotros somos ayudados por toda el alma humana; pero el mundo tiene necesidad de una antorcha que le conduzca, y vosotros os llamáis tinieblas; pero la luz, el santo trabajo, la paz, la libertad, el amor, todo esto conduce al hombre y está comprendido en la palabra ¡Francia! Sí, nosotros somos el luto, la caída, el sufrimiento; ningún pueblo aún ha reaparecido de tan bajo; pero tenemos para nosotros ese alguien desconocido, cuya sublime sombra se ve pasar por momentos por encima de la enorme muralla del abismo.

9 noviembre 1872. H.-H.

XI

LA LIBERACIÓN DEL TERRITORIO

1873

*

Yo no me encuentro libertado. No, por más que me yergo, me doy de cabeza con el techo de la tumba; me ahogo, tengo sobre mí la enormidad terrible. Si algún respiradero blanquea la noche visible, distingo allá abajo Metz, allí Estrasburgo, allá nuestro honor, y la obscura proximidad de los combates, y los hermosos niños rubios mecidos en las quimeras, sonrientes, y pienso en vosotras, ¡oh pobres madres! Consiento, si se quiere, en mirar; veo á éstos reír, á aquéllos cantar á voz la mies de oro, el estío, las flores y la patria siniestra, siendo su ensueño una batalla. Antes de poco el arquero negro empuñará el cuerno. Calculo el tiempo que falta todavía; pienso en la espantosa refriega de las espadas. Cuando se usurpan fronteras por la fuerza, cuando un pueblo que yace se ve el costado abierto, abril puede brillar, el bosque puede estar verde, el árbol puede estar lleno de nidos y de ruidos de alas; pero los montones de balas negras en las ciudadelas tienen aire de tener un sueño y de estremecerse á veces; pero los mudos cañones escuchan una voz que les habla bajo en la sombra, y el trágico porvenir sopla su lógica á todo aquel bronce feroz.

¡Cómo! ¡Mientras cantáis no oís, hermanos míos,

el profundo sollozo de las dos ciudades! ¡Cómo! ¡No veis, muchedumbre tranquilamente serena, como la Alsacia mira estremeciéndose á la Lorena!—¡Oh hermana, se nos olvida! ¡Se está contento sin nosotras!— ¡No! ¡No olvidamos! Estamos de rodillas ante vuestro suplicio, ¡oh ciudades! ¡Cómo! ¡Creernos libertados cuando se mete en presidio nuestra gloria; cuando se corta á la Francia un trozo de su capa; cuando la Alsacia en la argolla, la Lorena en el potro, lloran, retuercen sus sagrados brazos y nos llaman; cuando nuestros frescos escolares, borrachos de rabia, deletrean á fin de saber qué relámpago brota del corazón de Hoche y de la frente de Kléber, y de qué manera, en este siglo en que estamos, se hace la guerra á los reyes, de donde sale la paz de los hombres! No, murallas; no, soberbios campanarios; no, jamás olvidaré á Estrasburgo ni olvidaré á Metz. ¡La horrible águila de las noches nos estrecha en sus garras, ciudades! Nosotros franceses, nosotros hermanos vuestros, nosotros que vivimos por vosotras, nosotros por quienes vosotras viviréis, no podemos ser libertados más que por Metz y por Estrasburgo. Cualquiera otra restauración es una añagaza; y la vergüenza, mancha que crece sin cesar, sombra que siempre sube, queda en el fondo enrojecido de nuestra historia enlutada, pueblo, y todos nosotros tenemos un pie en el ataúd, y ni una ciudad está entera, y creo que Verdún está encadenada, que Belfort es víctima, y que París se arrastra humilde, disminuído, quejumbroso, mientras Estrasburgo está tomado y Metz está cautivo. Nada nos pone el corazón más rudo y más salvaje que ver esa bóveda infame, la esclavitud, extenderse y reemplazar por encima de nuestros ojos el sol, los pájaros que cantan, los vastos cielos. ¡No, yo no soy libre! ¡Oh temblor de tierra! Entreveo sobre mi cabeza una nube, un cráter, y la áspera erupción de los

pueblos, ardiente río; jadeo bajo el peso del porvenir huracán, oigo hervir la lava submarina y siempre me siento el Etna sobre el pecho.

*

Y pues queréis que os lo diga todo, digo que no se es grande mientras no se está en pie y que no se está en pie mientras se arrastra una cadena; envidio á los antiguos romanos sus coronas de encina; quiero que se sea modesto y altanero; en cuanto á mí, declaro que, después de tanto oprobio y espanto, cuando apenas se sostienen nuestros vacilantes muros, sin preocuparme de si los reyes van y vienen, si llegan del Cairo ó de Teherán, de si el uno es verdugo ó el otro tirano, si los curiosos son monstruos, de si viven en una obscuridad asquerosa en que mueren las naciones, de si son devotos de Dios ó del diablo; digo que, dejándoles corromperse ó instruirse, mientras yo no pueda hacer relucir á la luz del sol más que guiones que agitan un lúgubre estremecimiento y clarines salidos apenas de prisión, mientras rugiendo de cólera no haya lavado nuestras banderas estremecidas en un inmenso Austerlitz popular, nuestros lutos, Sedán y Forbach, no enseñaré nuestro ejército á los transeúntes. ¡Oh pueblo! Tú que fuiste tan hermoso; tú que no hace mucho extendías tan ampliamente tus alas en la guerra; tú cuya espantable anchura de alas cubrió Berlín, Roma, Menfis, Viena, Moscou, Madrid; tú que soplaste sobre las olas el viento de las tempestades y que hiciste nacer del caos la rubia aurora; tú que fuiste el solo que tuviste el honor de aprisionar en tu mano y poder soltar el gran pájaro, Mañana; tú que lo barriste todo; el azul, las extensiones, los espacios, perseguidor de las huídas desatentadas; tú que fuiste el mejor; tú que fuiste el primero,

oh pueblo, sentado ahora sobre tu estiércol, rasca con un pedazo de teja el pus de tus úlceras, y piensa.

La derrota tiene consejos sinceros; la hermosura de la dicha feroz está en tener una sombría fraternidad con el deber; el deber hoy consiste en dejarse crecer sin ruido, y encerrar, como una virgen en el claustro, su odio y alimentar los negros resentimientos. ¿Para qué desplegar ya nuestros regimientos? ¿Para qué galopar ante la Europa hostil? Es prudente no levantar polvareda inútil; día llegará de abrirse y estallar; y creo que es mejor no apresurarse tanto.

Porque es preciso que al ver los soldados de Francia se diga:—Esto es la gloria y la liberación. ¡Esto es Jemmapes, Argona, Ulm, Jena, Fleurus! ¡Es un montón de laureles aparecido á la luz del sol! Mirad: Han hecho imposibles. Son los bienhechores, son los invencibles. Tienen los montes por murallas y el Rin por foso. Al verles es preciso que se diga:—Han destronado á los reyes del Norte, á los reyes del Sud, á los reyes de la sombra; este ejército es la roca vencedora de las olas sin número, y su nombre resplandece desde el cenit al nadir.—Es necesario que se diga:—Son los amigos venerables de los pobres, de los condenados, de los siervos, de los miserables, los grandes expoliadores de los tronos, que arrancan cetro, espada y poderío á todo el que sea malo; son los bienvenidos dondequiera que alguno sufra. Tienen el ala de fuego acostumbrada al precipicio. Son el enjambre de relámpagos que atraviesa la noche. Siguen adelante hasta cuando les conduce la muerte. Son hermosos, risueños, alegres, llenos de luz; Atenas estaría loca por ellos y Esparta orgullosa.—Es preciso que se diga:—¡Están de acuerdo con los cielos! Y que el hombre, adorando sus audaces pasos, crea oír á

Dios, haciendo rodar sus truenos por encima de esos legionarios que hacen rodar sus cañones.

Por esto esperaré yo.

★

¿Qué esperas tú?—Yo contesto: Espero el alba; espero que todos digan:—¡Hiramos! ¡Levantémonos y demos por réplica á Sedán la Europa libertada!—¡Espero la república! ¡Espero el estremecimiento de todo el género humano! Mientras se cierre el camino á ese siglo agosto; mientras Prusia tiene prisionera á Francia, ¡pensar es una afrenta, vivir es un sufrimiento! Como Isaías, sublevado por Sión, siento zumbar el profundo verso de la indignación, y la cólera no es más agotable en mí que la ola en el mar inmenso y la arena en el tormentoso desierto removido por los vientos.

¿Qué espero? ¡Espero que los huesos estén vivos! Soy espectro y sueño, y la ceniza me cubre, y escucho, y espero que se abra el sepulcro. Espero que se eleven voces en los corazones, que caigan los paveses bajo los conquistadores, y que se vea levantarse un astro al extremo de la desgracia, de la sombra y de la vergüenza.

Hasta aquel instante, miremos soberbiamente, oh pueblo, el furor de nuestro rebajamiento, y que le alimente todo y que todo le exaspere. Siendo pequeño ví á uno grande, mi padre, me acuerdo; era un soldado, nada más; pero había mezclado su alma á los fieros reflujos, á las revanchas, á los gritos de guerra, á las nobles fiestas, y en nuestras tempestades había el relámpago de su sable. ¡Oh! No quiero disimula-

ros á vosotros, famosos de ayer, el enojo de ser oscuros hoy, á nuestros soldados, luchadores infortunados, falange que iluminó en otro tiempo la gloria sin mezcla; el extranjero, ¡ay!, á esta hora, héroes traicionados, camina por encima de vuestra historia y vuestro país; sí, habéis dejado que aquellos raitres de manos viles robaran nuestros campos, nuestros muros, nuestras ciudades, y completaran su gloria con nuestros sacos de escudos; sí, fuisteis cautivos; sí, sois vencidos; estáis en el pozo de las caídas insondables; pero vuestro destino es salir de él formidables, pero os erguiréis de nuevo, pero os levantaréis, pero seréis como la hoz en los prados; el Hércules celta revivirá en vosotros con el hacha al hombro; devolve-réis á la Galia su frontera, pisotearéis á Francisco, á Guillermo, á Atila, á Schinderhanne y á Bismarck, y espero aquel día. Sí, los hombres de Eylau os dirán: ¡Camaradas!

Y hasta entonces, permaneced pensativos lejos de las paradas, lejos de los vanos rumores, lejos de los falsos chis-chas, y mirad como crecen nuestros hijos aun pequeños.

Desde ahora vivo con el ojo fijo sobre nuestras dos ciudades.

No, no pienso que los reyes estén tranquilos; no tengo más que una alegría en el mundo, su in-tranquilidad. Reyes, habéis vencido, habéis salido con bien; con toda suerte de crímenes levantáis un edificio infame en lo alto de los sublimes montes. Habéis construído un muro entre el hombre y vosotros; sea; un palacio enorme, deslumbrador, oscuro, de donde sale el relámpago, donde no entra una luz, y es un templo, á no ser que sea un antro.

Sin embargo, aún cuando se contara con el ejército y el Senado, es prudente no dejar rastro después del asesinato, recomponer sus hazañas, lavar bien la victoria, limpiar el lado sucio de la gloria. La suerte tiene recodos tortuosos, pensad en ello;—convengo en ello, sois monstruosos; vosotros y vuestros cancilleres, vosotros y vuestros condestables, estáis satisfechos, sois temibles; gozosos, fuertes, servidos por lo que hace daño, habéis emprendido el retroceso del mundo hacia la noche; cada día hacéis hacer un progreso á la obscuridad; bajo el cielo, de hora en hora más sombrío, tenéis, príncipes, tales éxitos que hacen envidiar, que os podéis burlar del 21 de enero, del 14 de julio, del 10 de agosto, de aquellas trágicas jornadas de donde salían los grandes destinos; que podéis pensar que el Rin, ese gran arroyo, basta para detener á Jourdan, á Brune y á Marceau, y que en vuestros sonoros banquetes os podéis reír de todos nuestros huracanes, de todas nuestras auroras y de los vastos esfuerzos de los titanes dormidos. Todo está bien; vivís, sois buenos amigos, reyes, y no sois nada económicos de nuestro oro; habéis llegado á daros los hombres; os regaláis un pueblo después de cenar; el águila es hecha para remontarse y el hombre para arrastrarse; la Europa es el reptil y vosotros sois las águilas; vuestros caprichos son nuestras leyes, nuestros derechos, nuestras reglas; la tierra no ha visto aun bajo el firmamento azul nada que pueda igualar á vuestra saciedad; y para vosotros el destino se agota en cumplidos; ante vuestras majestades y ante vuestras altezas, los sacerdotes ponen de rodillas á Dios estupefacto; nunca nada pareció más eterno que vosotros; hoy día sólo existe vuestra omnipotencia; pero, reyes, todo eso tiembla, y vuestra triste gloria adivina el profundo repudio del porvenir; porque por encima de todas las dichas que creéis tener,

por encima de vuestros arcos triunfales, de vuestros altivos esplendores, sobre todo lo que compone el prodigioso montón de vuestras prosperidades, oh reyes, oh capitanes, sobre lo que soñáis, sobre lo que intentáis, sobre vuestra ambición y sobre vuestra esperanza, se ve la gran mano sangrienta de Francia.

16 septiembre 1873.

XII

El leoncillo pensaba; era muy pequeñín, escondido, mudo, parecido al gato que se acurruca lejos del sol, en la sombra donde se embotan sus rayos.

¿Cuánto tiempo se necesita para que crezcan sus uñas? Pensaba.

Dejadme que os diga que los lúgubres reyes hacen el mal, pisotean los derechos, las verdades, el honor, la virtud, la justicia; hacen acudir los sacerdotes para que se reconstruya el infierno en el alma humana, donde puso Dios la razón, y sus prosperidades están hechas de manera que la gloria de un pueblo es la vergüenza de otro; su grandeza se revuelca en el montón de inmundicias, sus cetros se mezclan en los placeres obscenos, el cubil de los cerdos gusta á aquellos pavos estrellados; ayer abofeteaban á las naciones magulladas; jugaban á los dados, alegres, las ropas de las patrias; á éste el Nilo, á aquél el Rin. Cuando han puesto sobre su frente su cimera de bronce, nada puede moderar sus furores poco calmados por canciones de iglesia y danzas de almeas (1); tienen no sé

(1) Bailadoras indias.

qué monstruoso apetito de ser horribles; son los dragones tortuosos, las hidras, los pasajeros siniestros de la historia; tienen para sí el luto, el patíbulo, la victoria, todo lo que se arrastra y tiembla, y las altaneras risas; el hambre del pueblo asiste á sus festines; la aurora es su palacio, la sombra es su fortaleza; su falso poder se yergue ante el Dios eterno con todo el impudor de su rebelión; son dorados, son fangosos.

¡Crece, león!

9 octubre 1873, en París.

XIII

¡Oh realeza! ¡Montón de sombra! ¡Hacinamiento de horror, de espanto, de crimen, formidable para el pueblo, luego para el rey; que ciega los ojos que lo ven, lleno de espectros, semejante á las visiones de Endor! En él no se distingue más que una corona de oro, cuyos vagos florones relumbran.

¡Tempestad de ignorancia y de odio y de noche, donde se estrellan caballos, hombres, espada que reluce, cañón que retumba, clarín sonoro! ¡Bruma espantosa, parecida á las facciones de la tumba, que, como una boca que extingue una antorcha, hace soplar el huracán sobre la aurora!

¡Pesada nube esparcida sobre los temblorosos siglos, desde lo cual, cuando han pasado dos mil años por encima del hombre y del pueblo, ola que corre, se ve salir, después del ruido que hace un chirrión

súbitamente el puño siniestro del verdugo mostrando una cabeza á la muchedumbre!

XIV

¡Cómo! ¡Tener por objeto esa cobardía! ¡Agradar! ¡Darse ese empleo noble, augusto, ejemplar, la adulación! ¡Tener por amos á los que pasan! ¡Obedecer al negro viento que sopla en todos sentidos; estar contra, estar en pro, según el barómetro! ¡Vituperar, después aprobar, prohibir, luego permitir, no según el deber, sino según el éxito! ¡Dejar hacer, porque hay locos que aventuran todos los ensayos, que violan nuestros derechos en nombre de nuestros príncipes! ¡Dejar desnaturalizar los tipos del honor, del progreso, del derecho, de la equidad! ¡Querer el talión! ¡Sufrir, oh libertad, que de tu cinturón cuelgue y resuene un manajo de llaves! ¡Decir, cuando se aventuran en una sombra enorme y triste todas las verdades enlutadas: esto está bien! ¡Negar el astro, admirar la blancura del carbón, declarar verdadero lo falso y justa la injusticia, alabar á Carrier después de haber hollado á Procusto! ¡Vestir su conciencia á gusto de la estación! ¡Ponerse á la ventana y acechar el horizonte! ¡Mirar como se hincha tal ó tal bandera para saber á qué hora y de qué modo se podría ser vil más útilmente! ¡Cómo! ¡Ese principio, ayer sincero, miente hoy! ¡Cómo! ¡Toda verdad que molesta no es cierta. Si tal es mi interés, el cisne es una zumaya, pueblo, y de ese león, el derecho, hago yo mi perro. Basta, para cambiar de pronto el mal en bien, que sea un tirano el que reina en lugar de otro; se combate; es la muchedumbre, todos se revuelcan. Se es sincero con el

amo y se miente con el pueblo. ¡Cómo! ¡El pensador habrá tronado soberbiamente si es un emperador quien se sirve del suplicio, y si es la multitud, será cómplice de él! ¡Y aquel hombre indignado será el hombre deslumbrado! ¡Oh cielos! Después de haber dicho no, balbucear sí. ¡Y ante el patíbulo, desde que la multitud usa de él, imprimir una cobarde sonrisa á la máscara de Medusa! Ved, pues, á donde conduciría la sed de gustar. ¡No, no, no! Desertar por un obscuro interés de aquellas verdades que nosotros, franceses, establecimos; decir al pueblo honrado y bueno y lleno de instintos sublimes, pero que prefiere á veces los bajos á las cumbres, decir que tiene razón cuando se equivoca, ¡nunca! ¡Ah! Antes que aceptar tales servidumbres, el hombre que aquí habla huiría á las soledades. Lo sufriría todo, el frío, el hambre, el amargo destierro, el fastidio, la salvaje sordera del mar, todo, lejos de la patria y lejos de la luz; y por la noche, leñador que vuelve á su choza, cansado, desnudos los piés, á través de los espinos, arrastraría en pos de sí la leña cortada en la selva.

27 abril 1871.

XV

Un gran sable sería de utilidad pública. No es hora de exterminar la trínca de pensadores, de soñadores, de meditadores, de sabios, y de todos esos sembradores que echan su semilla á los vientos, y levantar sobre el pavés al que nos hace callar, y soplar sobre el alba y apagar á Voltaire. ¿Qué esperáis? ¡Oh qué hermoso sería ver á algún buen antiguo tirano cumpliendo al fin su deber, cortar, tajar, tronchar y

poner bozales á vuestros Molières, á vuestros Dantes, á vuestros Míltones! Ya tenemos bastante con todos esos charlatanes. El mal de los hombres proviene del primero que habló. Se va gritando: ¡Progreso! ¡Fraternidad! ¡Valor! ¿Qué necesidad tenemos de todas esas palabras de tormenta? En otros tiempos todo iba bien con tal que uno se estuviera quieto. Ahora se quiere ser libre y amo. ¿Por qué? Libertad es tempestad. Es preciso que un buen piloto lleve la barca al puerto y el pueblo á ser el ilota. Es preciso que un belnario ó que un hombre de Estado embride á ese pueblo que se atreve á cometer el atentado de nacer y que se extravía hasta llegar al deseo que muestran al lirio, la abeja y la cabra al codeso. Mientras no encontremos ese político, continuarán las revoluciones, el ruido y la gritería aumentarán en la noche. Recuperemos el antiguo templo y la antigua tienda; nos basta hacer revivir el pasado. ¿Qué se quiere? ¿Para qué sirve Diderot? ¿A qué viene Dantón? ¿Por qué turba Garibaldi la Sicilia? ¡Vuestro progreso no es más que fatiga imbecil! ¿Qué furor tenéis de caminar adelante? Del hombre que vive demasiado, sale demasiado tumulto. El espíritu humano, largo tiempo tranquilo y sombrío, se agita; ¿no sería bueno hacer volver á su yacija y que se tuviera bajo llave y se paralizara á ese monstruo que sacude su cabeza de forzado? ¡Cómo! ¡La mosca, otras veces leal y resignada, falta al respeto que se debe á las telarañas! ¡Intenta hacer en ellas un agujero para escaparse! ¡La plebe se atreve á existir, á gobernar, á usurpar! ¡Cómo! ¡La verdad sale! ¡La razón la acompaña! Pronto, echemos otra vez á la una al pozo y á la otra en presidio. Para todo el que se atreve á ir, venir, romper la tuerca, el infierno es un calabozo que tiene á Dios por cerrojo. Que se entre en él. ¡Oh espantosa revuelta! El inexorable llora y los terribles tiemblan; los buitres asustados se parecen á los gorriones. ¡Luto! ¡Ho-

rror! ¡Ver surgir por todos lados un montón de verdades y de realidades, ver su llama y pensar que tal vez cada una trae no sé qué espantoso rencor y viene rutilante al mundo á vituperar al cetro, al cadalso, á la espada y á la hoguera! ¡Oh! Mientras no se haya puesto en condiciones de no perjudicar á todo lo que quiere crear, calentar, fecundar, lucir; mientras el antiguo buen orden incurra en el peligro de ver nacer bruscamente un abril formidable; mientras sea permitido á las locas plumas embriagadas llevar los pájaros y escribir los libros; mientras un hombre que dice: ¡tengo hambre!, pálido, rogando, pensativo, haga blanquear vagamente el Oriente; mientras el cielo cómplice no tenga la transparencia que permite á los pobres distinguir la esperanza; mientras el descamisado se crea ciudadano, soy de vuestra opinión, burgueses, no hay medio alguno de dormir en reposo, y no hay rincón en el navío donde se pueda ser el único salvado cuando todo zozobra. ¡Oh terror! ¡Todo se ilumina! ¡Es hora de acabar con ello! ¿Quién salvará al mundo en peligro de porvenir? Caín llora, Judas gime, Falaris sufre. ¡Oh! ¡Cuán urgente sería detener en seco el precipicio en plena erupción de luz, y la paz, el progreso, evadiéndose de los espesos nublados, la ciencia y el alma, subiendo allá arriba hacia el solsticio, y esa blancura celeste, la justicia! ¡Y qué bien se haría poniendo en razón á los astros que se levantan en tropel en el horizonte!